



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Diciembre 5, 2021.

DEJAR PENSAR, DEJAR SER.

“La educación no cambia al mundo, cambia a las personas que van a cambiar al mundo” (Paul Freire). Educar es ayudarle a un estudiante a ser alguien que no existía. El desarrollo intelectual del educando inicia en la infancia, se va moldeando en la vida académica y encuentra su máxima expresión en las universidades. Estas instituciones son espacios dinámicos donde concurren pluralidad de ideas, opiniones y conviven grupos con intereses diversos. Sin importar su designación, los centros de enseñanza superior requieren autonomía y libertad académica para: facilitar la divulgación del conocimiento, el nacimiento de nuevos hallazgos; el respeto a la diversidad; el resguardo del aprendizaje en bibliotecas, museos; la difusión de publicaciones académicas, pero sobre todo, para crear comunidades de pensamiento crítico, ese que F. Bacon definió como: *“el deseo de buscar, la paciencia para dudar, la afición de meditar, la lentitud para afirmar, la disposición para considerar, el cuidado para poner en orden y el odio por todo tipo de impostura”*. Los altos niveles socioeconómicos y una mejor calidad de vida de los habitantes de un país son equiparables a los estándares educativos de sus poblaciones. Por variadas y ancestrales razones, México presenta un bajo nivel educativo según el Foro Económico Mundial y la OCDE. Nuestra escolaridad media es la secundaria, que está muy por debajo de la que ostentan naciones del primer mundo. No obstante, la política educativa nacional en primaria y secundaria parece interesarse más en la satisfacción de los profesores que en el aprendizaje y superación de los estudiantes. Y en los grados superiores, el presidente insiste en señalar a los centros de educación universitaria de ser presas de *“cacicazgo académico y derechización”*. Fuera de lugar suena tal acusación, no sólo porque se percibe como cortina de humo para desviar la atención de otros problemas nacionales, sino también porque no le corresponde al mandatario etiquetar a los entornos educativos autónomos que tienen órganos internos de autogobierno y menos aún, pretender alinear a individuos libres, a la ideología de su gobierno o de su persona. No procede ni ahora ni antes, una estatización del pensamiento provenga ésta del régimen que sea o de la doctrina que se derive. Desatender las voces de quienes tienen hambre de aprender y superarse, querer encasillarlos en ideologías únicas o rígidas, cuando ellos tienen los sueños, el potencial y las agallas a *“flor de piel”* es un acto perverso, por decir lo menos. Y aunque no me consta, leo que pese a sus dichos: *“el gobierno de López Obrador interviene en la vida de las universidades públicas a través de alianzas políticas que Morena ha tejido con caciques universitarios y sus estructuras, donde les garantiza impunidad y fortalecimiento a través de diputaciones federales”* (La Izquierda Diario). El tiempo y los hechos constatarán o no lo aberrante que resultaría agraviar a unos mientras se ofrece *“raja política”* a otros, bajo la misma bandera de la educación superior.